

Discover Fire

**PASTOR'S
CORNER**

MADE IN THE IMAGE OF THE TRINITY: ON IMMIGRATION, DIGNITY, AND CHRISTIAN WITNESS

This Sunday, we celebrate the Solemnity of the Most Holy Trinity—God, one in three divine Persons: Father, Son, and Holy Spirit. At the heart of this mystery is unity, communion, and relationship. We believe that we, made in the image and likeness of God, are created not for isolation or hostility, but for solidarity, compassion, and justice.

As a priest who grew up within the immigrant community in the U.S., my heart is heavy as I witness the wave of news coverage and commentary from across the political spectrum regarding the current administration's approach to immigration. Each side claims to be on the right side of history. It is one thing to hold differing political views on how best to address the immigration crisis—but to resort to violence, name-calling, and vilifying the other is the work of the evil one, no matter what side it is coming from. It contradicts the very heart of the Gospel.

Every nation has the right to secure its borders and define lawful entry. We also know the world is far from ideal. In desperation, thousands of people migrate from one country to another, often illegally. That doesn't make it right—but we cannot underestimate the immense socio-economic hardship and the threats to livelihood and safety that drive people to risk everything for the hope of a better life. I know this not just in theory, but through personal experience.

Yes, there are some whose sense of human dignity has been distorted, who turn to crime and exploitation. The law must address these situations for the sake of public safety—but always with a view to restoration, not vengeance. Still, the vast majority of undocumented individuals in our communities are people of goodwill.

Every administration has deported thousands. As a child, I remember hearing about raids, no matter who was in office. Living with fear and insecurity is not new. What is new—and what increases fear—is the rhetoric. On social media and in public conversation, I see language used to describe immigrants—especially undocumented ones—that is cold, cruel, and dehumanizing. I also see harsh, dehumanizing language used to describe ICE agents, many of whom are simply trying to provide for their families while doing their job.

In moments like these, we must turn to the guidance of Catholic social teaching, which reminds us that every human being is endowed with inherent dignity. The Catechism states:

“The more prosperous nations are obliged, to the extent they are able, to welcome the foreigner in search of security and the means of livelihood which he cannot find in his country of origin” (CCC 2241).

CONTINUES ON THE REVERSE

This teaching is not new. Over a century ago, Pope Leo XIII emphasized in *Rerum Novarum* the right of workers to seek employment where they can live with dignity. He warned against unjust social structures and affirmed that civil government should protect the rights of every person—especially the poor and vulnerable. That includes migrants. The Church has always stood with the stranger, because Christ was one.

“I was a stranger, and you welcomed me” (Matthew 25:35).

Our current Holy Father, Pope Leo XIV, who chose his name in honor of Leo XIII, has also spoken powerfully on this issue. In his inaugural address to diplomats (May 16, 2025), he reaffirmed his identity as “a descendant of immigrants,” urging nations to respect the dignity of migrants and prioritize compassion and solidarity. Just last week at the Pentecost Mass in St. Peter’s Square, he denounced “exclusionary mindsets” and nationalist politics, praying for God to “open borders, break down walls, and dispel hatred.”

We may differ in political opinion, but one thing is not negotiable: we must never lose sight of the human face before us—the person. Here at Parish Family 30, we are blessed to serve in a diverse community. Many of our parishioners are directly impacted by what is happening in our country right now.

If the Trinity reveals to us a God of perfect unity and mutual love, then our call as disciples is to reflect that divine love in how we speak, act, and advocate for the vulnerable. In God’s law and justice, no human being is “illegal” or a “criminal” simply by being undocumented. No one is beyond the reach of God’s mercy and grace.

So let us pray—for wise and compassionate leadership that seeks not only national security, but the restoration and dignity of every person made in God's image. We pray for the stability of other nations, that they might be able to provide secure and safe livelihoods so that people in their care do not find themselves in desperate need to flee. And we pray for ourselves. Let us be a parish family that builds communion, not division, inside and out. That is, after all, our mission.

And let us never forget, we are all migrants and pilgrims in this world, journeying toward the same eternal home.

Fr. Carlos Orozco



HOLY SPIRIT PARISH



ST. JOHN THE BAPTIST



HECHOS A IMAGEN DE LA TRINIDAD: SOBRE LA INMIGRACIÓN, LA DIGNIDAD Y EL TESTIMONIO CRISTIANO

Este domingo celebramos la Solemnidad de la Santísima Trinidad: un solo Dios en tres Personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el corazón de este misterio hay unidad, comunión y relación. Creemos que nosotros, creados a imagen y semejanza de Dios, no fuimos hechos para el aislamiento ni la hostilidad, sino para la solidaridad, la compasión y la justicia.

Como sacerdote que creció dentro de la comunidad inmigrante en los Estados Unidos, tengo el corazón pesado al ver la avalancha de noticias y comentarios de todos los lados del espectro político sobre el enfoque de la administración actual hacia la inmigración irregular. Cada lado dice estar del lado correcto de la historia. Es válido tener opiniones políticas distintas sobre cómo abordar esta crisis, pero recurrir a la violencia, a los insultos y a la deshumanización del otro es obra del maligno y va en contra del Evangelio.

Todo país tiene derecho a proteger sus fronteras y establecer cómo se entra legalmente. También sabemos que el mundo no es ideal. Por desesperación, miles de personas migran de un país a otro de manera irregular. Eso no lo hace correcto, pero no podemos ignorar los desafíos socioeconómicos, las amenazas a la vida y la falta de oportunidades que llevan a muchos a buscar refugio, incluso a costa de grandes riesgos. Lo sé bien, por experiencia propia.

Sí, hay personas cuya imagen de Dios está distorsionada y que cometen crímenes. La ley debe atender estos casos por el bien común, pero siempre con miras a la restauración. Sin embargo, la gran mayoría de los inmigrantes indocumentados en nuestras comunidades son personas de buena voluntad.

Cada gobierno ha deportado a miles. Desde niño recuerdo escuchar sobre redadas, sin importar quién era presidente. Vivir con miedo e inseguridad no es algo nuevo. Lo que ha aumentado ese temor es la retórica. En las redes sociales y en la conversación pública, veo un lenguaje que describe a los inmigrantes—especialmente a los indocumentados—de forma fría, cruel y deshumanizante. También veo que se usa un lenguaje similar para referirse a los agentes de inmigración (ICE), quienes también están intentando proveer para sus familias. Eso tampoco es justo.

En momentos como estos, es importante dejarnos guiar por la Doctrina Social de la Iglesia, que nos recuerda que todo ser humano tiene una dignidad inherente. El Catecismo enseña: “Las naciones más prósperas están obligadas, en la medida de lo posible, a acoger al extranjero en busca de seguridad y de los medios de subsistencia que no puede encontrar en su país de origen” (CIC 2241).

CONTINUA AL REVERSO

Esta enseñanza no es nueva. Hace más de un siglo, el Papa León XIII enseñó en *Rerum Novarum* que los trabajadores tienen derecho a buscar empleo donde puedan vivir con dignidad. Advirtió contra las estructuras sociales injustas y afirmó que el gobierno civil debe proteger los derechos de toda persona, especialmente de los pobres y vulnerables. Eso incluye a los migrantes. La Iglesia siempre ha estado al lado del forastero, porque Cristo lo estuvo:

“Fui forastero, y me acogiste” (Mateo 25, 35).

Nuestro actual Santo Padre, el Papa León XIV, quien tomó ese nombre en honor a León XIII, también ha hablado con fuerza sobre este tema. En su discurso inaugural a los diplomáticos (16 de mayo de 2025), reafirmó su identidad como “descendiente de inmigrantes”, y llamó a todas las naciones a respetar la dignidad de los migrantes y a priorizar la compasión y la solidaridad. La semana pasada, durante la Misa de Pentecostés en la Plaza de San Pedro, denunció las “mentalidades excluyentes” y el nacionalismo, y oró a Dios para que “abra fronteras, derribe muros y disipe el odio.”

Podemos tener distintas opiniones políticas, pero hay algo que no es negociable: nunca debemos perder de vista el rostro humano que tenemos delante: la persona. Aquí en Parish Family 30, tenemos la bendición de vivir en una comunidad diversa. Esa diversidad se refleja en nuestra parroquia, y muchos de nuestros feligreses se ven directamente afectados por la tensión que estamos viviendo como país.

Si la Trinidad nos revela un Dios de perfecta unidad y amor mutuo, entonces nuestra misión como discípulos es reflejar ese amor en cómo hablamos, actuamos y defendemos a los más vulnerables. Ningún ser humano es “ilegal” ni un “criminal” simplemente por estar indocumentado. Nadie está fuera del alcance de la gracia de Dios.

Así que recemos—por un liderazgo sabio y compasivo que busque no solo seguridad nacional, sino también la restauración de cada persona creada a imagen de Dios. Seamos una familia parroquial que construya comunión, no división.

Y no olvidemos: todos somos migrantes y peregrinos en este mundo, caminando hacia la misma patria eterna.

P. Carlos